EXPEDICIÓN CERRO CASTILLO.

20 de diciembre de 2019 al 02 de enero de 2020

La idea de ascender el Cerro Castillo venía germinando hace ya bastante tiempo. En mí parecía más bien un sueño que un objetivo claro, sin ningún aspecto definido que lo hiciera posible en el corto plazo. Simplemente tenía ese etéreo deseo de estar algún día en su cumbre, luego de contemplarlo tantas veces desde la carretera austral y desde el ahora Parque Nacional Cerro Castillo.

No fue sino en marzo que Seba me propuso de un modo concreto que intentáramos subirlo a fin de año junto con Charly. En el camino se fueron sumando más amigos, hasta que, en un punto, además de nosotros tres, estaban embarcados también Nico, Lilo, Lala, Martina, Cata y Ariel. Por distintas razones, Charly, Nico y Cata no pudieron seguir con el proyecto.

Así quedamos definitivamente Seba, Lilo, Lala, Martina, Ariel y yo. Ciertamente, no hicimos muchas salidas (más bien pocas) todos juntos. En honor a la verdad, en ninguna estuvimos todos. Aun así, con Seba logramos varias cumbres juntos este año, como el Humberto Barrera, Diente del Diablo y San Francisco. Con Lala, Lilo y Martina subimos el Marisemberg, mientras que con Lala además ese mismo día subimos la Punta Camanchaca. En cuanto a escalada, Ariel estaba practicando por su cuenta en San Vicente, mientras que, con Lilo, Lala y Seba fuimos a espolones de San Gabriel, y los dos con Seba ascendimos la Placa Roja. Lala - aunque con compañeros que no participaban de esta expedición - también fue a Placa Roja y a Colombianos. Por mi parte, hace un mes y medio había estado en la Patagonia en el intento que hicimos al San Lorenzo, con la preparación que ello requirió. Nuestra dispersión quedó reflejada por ejemplo para Fiestas Patrias, en que Martina y Seba fueron al Nevados de Chillán, Lala y Lilo a fueron a escalar al Valle del Elqui, Ariel todavía no era parte del grupo, y yo andaba en el Mono Blanco. Pero nuestra amistad era más fuerte que la razonable exigencia de hacer salidas todos juntos. Bueno, casi lo logramos en el intento al Retumbadero Alto, donde sólo no pudo ir Lilo, pero nos equivocamos de canalón y terminamos cerca de la cumbre del Retumbadero Norte.

De todas maneras, intentamos aunar fuerzas en los últimos dos meses, pero dado el estallido social y los diferentes niveles de involucramiento con ello, no pudo ser tal cual lo planificamos.

Pero ya estábamos embarcados. Todos con pasajes en mano y una mochila de ilusión por subir el majestuoso Cerro Castillo, ícono de la Patagonia aysenina.

El 20 de diciembre volamos rumbo a Balmaceda y luego, con una suerte tremenda, nos llevaron a todos a dedo (aunque en tandas distintas, dado que no todos veníamos en el mismo vuelo). A Seba, Martina y a mí nos llevó Cristián Vidal, quien tiene la concesión de la zona del Estero Parada del Parque Nacional Cerro Castillo, y que de manera gentil se detuvo en la administración para retirar las fichas correspondientes y seguir camino a la villa.

En el pueblo nos juntamos todos – luego de un pequeño percance de Lala en el aeropuerto - y partimos a Chabela, donde esperaríamos escalando la ventana de buen tiempo para hacer nuestro intento, ventana que, en todo caso, no tendríamos certeza si llegaría antes que la mayoría tuviese su vuelo de regreso. Y el pronóstico no parecía auspicioso.

Ahí pasamos memorables jornadas en las cuales aquí no me extenderé, pero estas incluyeron escaladas, guitarreo, asado navideño, pizzas, e instancias de seguir conociéndonos y conocer otros seres maravillosos.

En todo caso, mi rodilla me tuvo con una preocupación constante esos días, pudiendo escalar bastante poco debido al dolor que me produjo una palanca que le había hecho la semana anterior en Placa Roja. Sentía que peligraba mi opción de subir el Castillo con mis amigos, y que eventualmente tendría que quedarme en el campamento base. Mis compañeros se notaban que, en cuanto escalada, estaban bien fuertes debido a esa intensa semana.

Vista del Cerro Castillo desde la base del Cerro Sahne Nuss

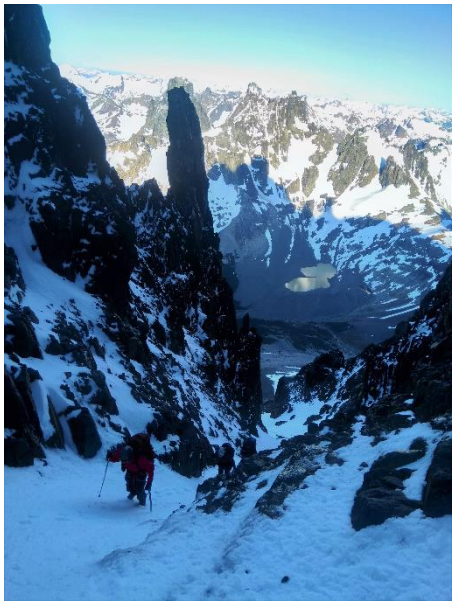
Recién el viernes 27 se dieron las condiciones para partir al campamento neozelandés, condiciones que supimos unos días antes y que incluso significó cambio de pasajes por parte de Martina y Lilo. Así, llenos de motivación nos pusimos las mochilas y a eso de las 1 pm comenzamos la aproximación a la montaña. A mitad de camino hacia el puesto de control la lluvia se veía venir, largándose un tremendo aguacero que nos dejó empapados al llegar a la caseta del concesionario. Ahí las cosas pudieron complicarse, aunque no por el agua, sino porque extravié una de las páginas de la ficha que habíamos retirado en la administración el día que llegamos a la Villa, pero logramos que nos perdonaran aquella negligencia. Luego, siguió el hecho de que el cobro de entrada y camping excedía con creces lo que informaba la página web de CONAF, lo que nos dejó en una situación bastante compleja, pues tuvimos que hurgar por cada rincón de nuestras mochilas y bolsillos para poder pagar. Evidentemente mostramos nuestro descontento ante la situación, pero entendíamos que la solución no dependía de la chiquilla que nos atendió y que de hecho ella fue muy comprensiva con lo que estaba pasando.

Y bueno, al fin ya estábamos en franco rumbo al campamento base. La lluvia se detuvo pronto y nos internamos por el húmedo bosque pasando por el campamento porteadores y ya siendo como las 7 pm, llegamos al neozelandés. El Castillo dejó verse a ratos, cubierto increíblemente de hielo en sus tramos superiores.

La idea era descansar el día siguiente, pero nuestras ansias de recorrer fueron más fuertes. Mis amigos fueron hacia la Laguna Duff, mientras que yo partí solo hacia una laguna y morrena a los pies del Cerro Sahne Nuss, tanto para conocerla como para quedar de frente al Castillo, pudiendo fotografiar parte de su canaleta, aunque no sus agujas y torreones debido a la nubosidad que lo cubría todos desde los 2000 metros hacia arriba. El entorno se apreciaba tan bonito, que la ansiedad y motivación para el día siguiente también estaban en las nubes.

Cuando bajé quedé estupefacto ante la cantidad de cartuchos gas que había en la mesa del campamento. Se trataba de una expedición de un instituto donde en virtud de un programa de liderazgo venían jóvenes de todo el mundo a capacitarse en aquella cualidad. Como llegarían en un par de horas más y de noche, sólo esperaba que nos dejaran dormir, pues nuestra jornada partiría a las 2 am.

El pronóstico era de vientos de 50 km/h y algunas nubes, e inmediatamente posterior a días de precipitación en la montaña. No era el ideal, pero sí en el que todos juntos podríamos intentar la cumbre.



El grupo y angostamiento de la canaleta

Los despertadores sonaron a las 2 am y a las 3:10 am ya estábamos saliendo del bosque, remontando una quebrada para luego, al terminar la vegetación, salir a la izquierda y empezar a subir por una buen y largo acarreo a la entrada de la canaleta. Ese tramo nos tomó cerca de dos horas. Nos pusimos los crampones y empezamos a zigzaguear la canaleta de unos 40° por nieve bastante buena. Mentalmente dividí la canaleta en 3 partes: hasta un desvío a la izquierda, hacia otro desvió a la izquierda y la sección final al portezuelo donde la canaleta aumenta un poco su pendiente. Avanzábamos bien compactos y nos maravillaba el paisaje, A nuestras espaldas el Cerro Palo y todos los que están a su alrededor se teñían de rojo con la luz del amanecer. En el inicio de la último a sección nos detuvimos todos a descansar. En adelante el canalón se angostaba y al lado nuestro se erigían bellas paredes y agujas, y resistentes líquenes se aferraban a ellas. En algunas partes muy cortas aparecía hielo bajo la fina capa de nieve. Los metros finales de la canaleta eran de acarreo. La salida, a 2.500 m, simplemente brutal: Se abría la vista hacia el sur y un precipicio tremendo bajo nuestros pies, junto con cornisas, torres y trozos de hielo que caían hacia ese traverse que tanto queríamos ver, y que mostraba una gran exposición. Inmediatamente a nuestra izquierda estaban las paredes que escalaríamos, aunque con nieve y hielo que intuíamos complicaría dicho trabajo. Según lo que averiguamos previamente y dada las condiciones que habría en la montaña, es que decidimos abordar los dos largos de escalada para llegar al plateau en vez de hacer la travesía, donde caían incesantemente trozos de hielo y de vez en cuando algunas rocas.

Estado de la canaleta en su tramo final

Con el sol tras los torreones sumado al viento que pegaba en el portezuelo, era inevitable pensar en el frío que sentiríamos en las esperas. Lala punteó el primer largo, que sin hielo no revestiría mayores dificultades, sin embargo, sus condiciones obligaban a extremar las precauciones. Los demás subimos auto asegurándonos con microtraxion o grigri. Nos juntamos casi todos en la reunión, puesto que Lala con lo que quedaba de cuerda siguió hasta una segunda pared luego de un pequeño acarreo, donde montó una reunión. No se llevó la radio y con el viento no era mucho lo que podíamos comunicarnos. Nos juntamos con Lala y me dice tajante y calmadamente: No se puede. Miro hacia arriba y presencio los 20 metros de roca tapizada en nieve, hielo encostrado y verglas que ocultaban los lugares para escalar y poner seguros.

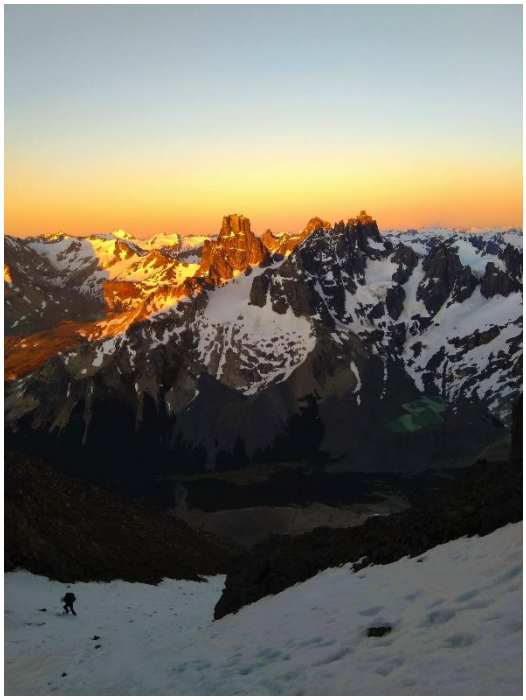
Nos reunimos todos en ese punto y luego de analizar la situación tomamos la decisión de devolvernos. Ya eran cerca de las 1 pm. Rapelamos, nos juntamos en el portezuelo y raudamente empezamos a bajar el canalón haciendo algunas paradas para ir descansando. Luego tomamos el acarreo. Todos llegamos bien tanto del cuerpo como de la mente. Nos dimos unos buenos chapuzones en las frías aguas del Estero Parada, donde pasamos el resto de la tarde.

Ariel debía bajar pronto a la villa porque tenía vuelo al día siguiente en la mañana, Martina y Lilo bajarían al día siguiente temprano porque tenían vuelo en la tarde, y Lala bajaría un poco después de ellos, dado que tenía que ir a buscar a su polola al aeropuerto y después se iría a Chabela.

Por ello, mientras bajábamos de la montaña pensaba en las posibilidades. Había quedado de llegar para año nuevo a casa de mis padres en Cochrane, por lo que con Seba (quien tenía pasaje para el 13 de enero) originalmente regresaríamos a la Villa el día lunes para partir a Cochrane el martes. Pero nuestras ganas de subir el cerro y la ventana de buen tiempo que habría en los días siguientes pudieron más. El domingo, en el campamento, rápidamente

armamos un plan. Hicimos una colecta de comida entre nuestros amigos para poder permanecer varios días en ese lugar.

Así, el lunes quedábamos los dos, mentalizados en lo que haríamos. Ese día lo dedicamos enteramente a descansar, no sin antes bajar al campamento porteadores, donde llegaba un poco de señal y pudimos reportar nuestro estado y planes, y actualizar el reporte meteorológico, que resultó ser increíble para el día martes y miércoles. Nuestros amigos se encontraban bien, pronto a tomar sus respectivos vuelos o llegando al pueblo. Planificamos bien los detalles del día siguiente. Tomamos la decisión de, a priori, intentarlo por el traverse. Saldríamos a las 3 de la mañana, al igual que en el intento del domingo. Dejamos todo preparado en la noche.



Amanecer con el Cerro Palo teñido de amarillo

A las 2 de la mañana ya estábamos despiertos, desayunando pancito con manjar y café con azúcar. Nos calzamos nuestros zapatos aún húmedos y empezamos la jornada. Íbamos apretando, subiendo la quebrada y luego saliendo a la izquierda para tomar el acarreo hasta llegar a la base del canalón luego de 1:30 horas, al que esta vez empalmamos un poco más abajo. Nos pusimos los crampones y empezamos el largo zigzagueo ascendiendo la canaleta por buena nieve. Las huellas del domingo eran tenues y sólo en tramos muy específicos las usamos. El amanecer nos sorprendió prontamente, tiñendo a las montañas cercanas y al Monte San Valentín de un amarillo intenso. Luego ingresamos al angostamiento del canalón, que nos permitía ver como en los tramos superiores del cerro, el hielo formado los días anteriores se había retirado notablemente. Luego de 4:15 hrs de haber partido desde el campamento, llegamos al portezuelo, donde esta vez no corría viento alguno. Observamos un poco la ruta de escalada e inmediatamente nos enfocamos en el traverse y empezamos a ordenar el equipo. En ese punto ya llegaba el sol y nuevamente los trozos de hielo caían sobre la pendiente de nieve.

Nos encordamos y empecé a avanzar lentamente. En estos casos uno intenta entrar en una disposición mental de mayor concentración, dando cada paso pausada y cuidadosamente, enfocándose en ello más que en el brutal precipicio que se cernía bajo nuestros pies. En efecto, la travesía consiste en una pendiente de nieve de unos 45° bien pegados a la pared de roca y que, tras unos pocos metros hacia el valle, tiene un abismo de cientos y cientos de metros en la cara sureste de la montaña (la cara conocida y de tantas postales del Castillo). Lográbamos ver unos 50 metros de la travesía, puesto que después giraba y se perdía del campo visual.

Para quedar directamente en el traverse, desde el portezuelo se debe bajar un pequeño resalte, momento coyuntural para darse cuenta en qué estado mental se encuentra uno para todo este tramo. La cosa andaba bien y estaba convencido que, aunque tardáramos, cruzaríamos esta parte.

Inicio del traverse

Con esa disposición avanzaba en el primer largo. La nieve estaba dura y a poco andar apareció hielo encostrado sobre ella. Puse unos 3 seguros en la pared, a mi juicio, atómicos (o quería convencerme de ello) aunque bien separados entre sí. Cuando quedaban 5 metros de cuerda Seba me avisa por la radio, así que armé una reunión con dos estacas y lo aseguré. Como no corría viento y a pesar que el sol se escondía tras los torreones, no se tornaba frío estar detenido.

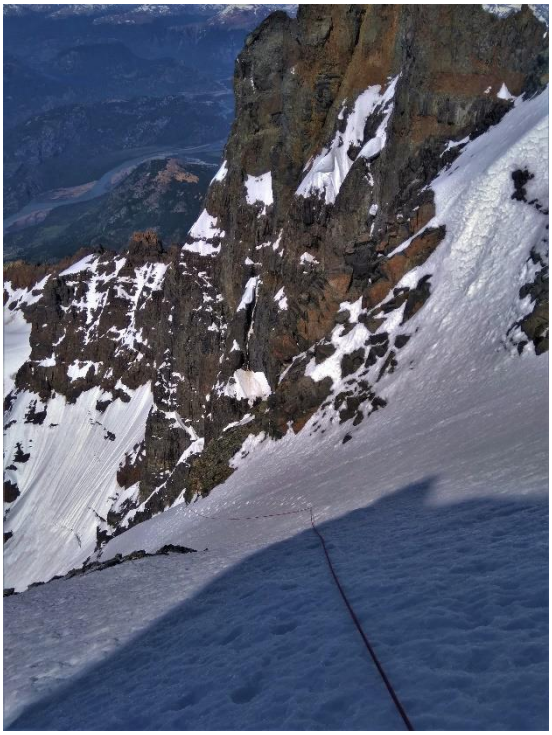
Nos juntamos y Seba me pide que puntee el siguiente largo.

Fue el largo más corto de la vida. Al ojo, unos 20 metros. A los pocos metros había que pasar un resalte que – definitivamente - fue mi crux mental. Justo en esa parte se asomaba por fuera del hielo y la nieve una vieja y delgada cuerda fija, en un tramo de unos dos metros. En ella puse un mosquetón de seguro sólo para la mente. Encontré unos precarios pies para la punta de los crampones, y usando unas manos que permitían equilibrarse, traspasé el peso a la pierna derecha y pude pasar a la nieve dura nuevamente. Ello no fue sin antes recriminar a mi rodilla, puesto que mi pierna izquierda quedó bien estirada, movimiento que me había causado las molestias de los días anteriores. Se portó bien. Quería poner un seguro en la roca (no tenía estacas pues formaban la reunión) y no hallaba dónde. De pronto en una levantaba de cabeza veo un clavo unos dos metros más arriba. Con él y el piolet hice la reunión. Aseguré a Seba. Al llegar al resalte también tuvo que buscar insistentemente como afirmarse, y trataba de mostrarle los pasos que hice. Los sacó y nos reunimos. En eso me comenta: “qué miedo weón”.

En el siguiente largo avancé sólo unos metros horizontalmente y luego en diagonal en dirección hacia un canalón, donde previamente debía pasar por una pendiente de nieve que noté más vertical que los tramos anteriores y que de nuevo, era tremendamente expuesto. Puse una estaca justo al iniciar la diagonal por esa pendiente y la otra en la mitad de ella. Este fue el largo más lento, y recuerdo que a veces le pegaba seis veces a la nieve dura para poder formar un pequeño escalón. Ahí pensé que los piolets técnicos – que dejamos en el pueblo – hubiesen sido bien útiles. Un poco antes de la entrada al canalón y viendo como la estaca quedaba bien atrás, monté la reunión, que básicamente fue el piolet.

Ya la mente se sentía más cómoda con la exposición y el terreno. Recuerdo que allí miré con atención el entorno. El canalón, la pendiente de nieve, la pared que tenía al frente donde caía

un poco de hielo, la morrena de la Laguna Castillo donde diminutamente pasaban tres personas. Cuando Seba llegó hicimos la reunión con las estacas para poder llevarme el piolet.



Tercer largo

Seba llegando a la reunión del tercer largo

El siguiente largo lo hice pegado a la derecha del canalón. Por fin pude subir verticalmente y no traverseando. Puse un stopper chico en el primer tercio. En el segundo, usé un pequeño tramo asomado de cuerda fija como seguro (esta sí que se encuentra deteriorada). Quedaban los últimos metros y se veía la salida a un lugar plano, lo que te entrega un golpe de energía para superarlos. De pronto estaba en una especie de filo, sentado cómodamente. Puse una estaca desde donde aseguré a Seba, hasta juntarnos. Eran las 11 am, habiendo transcurrido unas 3 horas desde que iniciamos la travesía. Cuándo llega me dice: yo me la juego en el torreón final.

Si bien la pendiente había disminuido bastante, hicimos dos largos más. El primero por lo dura de la nieve y la capa de hielo que había debajo, y el segundo, porque no teníamos claridad de donde exactamente se salía al plateau. En todo caso, estos fueron rápidos (de hecho, sin seguros intermedios), y ahora, conociendo la ruta, pienso que no es esencial asegurarlos.

La llegada al plateau fue bien sorpresiva. Allí descansamos, tomamos algo de jugo y comimos un poco. Sólo corría una brisa y el cielo estaba totalmente despejado. El paisaje era alucinante, y podíamos observarlo con toda tranquilidad. Estábamos totalmente motivados. Al frente teníamos los torreones finales.

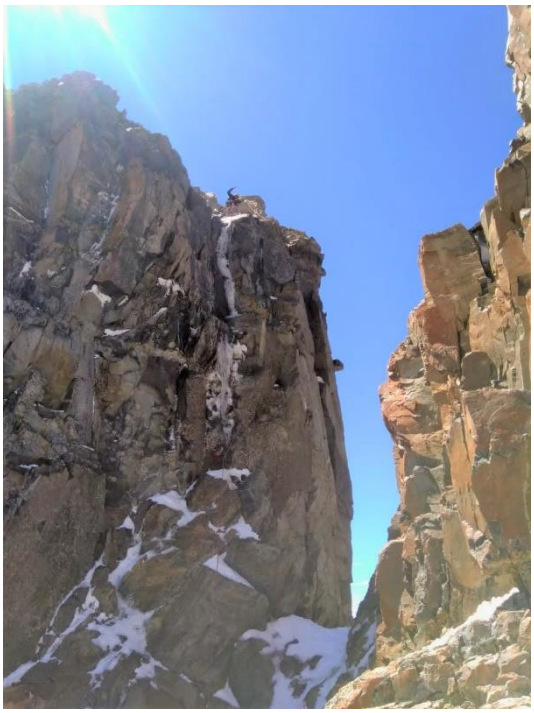
Desde el plateau, apreciándose la canaleta a la derecha y el torreón que debe rodearse para llegar al torreón final

Nos desencordamos y caminamos a la base de un canalón que se ve a la derecha. Allí volvimos a encordarnos, de seguritos. Con el sol la nieve ya se había sopeado y fue bien cómodo el avance. Puse una estaca en la mitad por si acaso, y otra al final, desde donde aseguré a Seba. Nos desencordamos nuevamente e iniciamos una travesía hacia la izquierda por delante de un torreón, que a los pocos metros empieza a girar, apareciendo abruptamente el torreón final. A los dos esa imagen repentina no se nos borra. Se veía sellado y expuesto, tal como leímos en la descripción. Y estaba tan oculto del sol que el hielo y la nieve cubrían gran parte de la ruta de escalada. Honestamente ahí me pregunté si acaso podríamos subirlo. Había que intentarlo. Cuando nos juntamos con Seba y recordando las fotos que vimos del lugar, visualizamos por donde iba la línea y tratábamos de agudizar la vista para ver los clavos que se suponen que allí están. Tampoco podíamos acercarnos mucho a la pared a mirar, puesto que había que traversear por terreno expuesto algunos metros. Donde estábamos había un cordín a unas rocas soldadas con hielo. Pusimos otro en otra roca, los unimos y tuvimos la reunión atómica.

Lo primero que hicimos fue encontrar visualmente los clavos que habíamos leído que allí estaban. Conté cuatro (después nos dimos cuenta que mi menté inventó dos de ellos).

Seba prestamente comenzó a equiparse para subir, se calzó las zapatillas y se fue acercando cuidadosamente a la pared, haciendo el pequeño traverse y cruzando una especie de portezuelo de un metro que exponía gargantas hacia ambos lados. Los primeros 2 o 3 metros los trepó con facilidad apoyándose en los pocos espacios en que la nieve dejaba lugar a la roca, hasta llegar al primer clavo. El siguiente estaba bastante más a la derecha y para llegar a él tenía que montarse en una pequeña terraza (no la que sube directo, puesto que esta tenía hielo por todos lados), pero allí la cosa se complicó. Los lugares donde Seba podía apoyar

sus pies estaban cubiertos de hielo, lo que le impedía llegar a un buen agarre lateral que existía previo a la terraza. Hizo numerosos intentos, rompiendo hielo con las manos. Uno de sus dedos meñiques sangraba, pero ninguno le prestó importancia. De pronto, cuando ya empezábamos a ver complicada la opción de subir, le funciona uno de los pasos que venía intentando, llega al agarre bueno y clipea en el segundo y último clavo. Fue el tremendo alivio. No era buena idea volar allí. Ese fue su crux y qué mente que le puso. Un poco más arriba colocó un stopper en una pequeña fisura para dar los pasos finales y montarse con buenas manos sobre el torreón, donde le salió un grito de felicidad.



Seba en la reunión del torreón final

Inmediatamente trepó unos metros más por piedras sueltas hasta una enorme roca llena de cordines. En ese momento ya sentíamos que llegaríamos a la cumbre. Me tocaba subir de segundo, por lo que no sufriría las complicaciones que significaba puntear el torreón en esas condiciones. En todo caso, me costó varios intentos pasar el crux. Seba me llevaba prudentemente corto dado el roce que la cuerda arriba hacía. Finalmente me monté sobre el torreón y nos juntamos en la reunión. La cumbre estaba a unos pasos.

Así, siendo las 3 pm, bajo un sol radiante y una suave brisa, caminamos hacia el punto más alto de esta maravillosa montaña, coronada por un monolito de piedras, donde nos dimos un emotivo abrazo cumbrero. Estábamos tremendamente emocionados de estar ahí, por ese sueño de tanto tiempo, por el esfuerzo que nos demandó, por esa vista sublime, por esa indescriptible belleza formaba por los valles, ríos, lagos e innumerables montañas nevadas y glaciadas que conforman el paisaje, todo lo cual se extendía hasta donde nuestros ojos eran capaces de percibir. La mole que constituye el Monte San Valentín es impactante. Muy a lo

lejos también podíamos apreciar otro gigante, el Monte San Lorenzo. Abajo veíamos la Villa, ese pueblo que cada mañana despierta con el Cerro Castillo en frente. Fue alucinante.

Estuvimos unos 30 minutos en la cumbre, observando hacia todos lados, registrando en nuestras mentes lo que sentíamos y observábamos.

¡Cumbre!

Ya era tiempo de bajar.

Rapelamos – obviamente - el torreón, donde se podía ver con mayor claridad todo el hielo que cubría la línea de escalada que va por el centro mismo. Nos juntamos en la reunión, nos pusimos los zapatos de montaña, tomamos nuestras mochilas y empezamos a caminar. La bajada al plateau no la hicimos por el canalón, sino que un poco antes destrepando por terreno mixto y pensando en un posible rapel en una zona en que se veía un cordín verde en una roca. Pero no fue necesario. Las condiciones permitían destrepar y llegar al plateau mismo. Desde allí ya no se sigue por la ruta de ascenso, sino que se hace un abrupto giro a la derecha por un poco de acarreo en dirección a una evidente roca saliente envuelta por varios cordines. Desde ese lugar nuestra cuerda de 60 metros dio justo para llegar a una pendiente de nieve (que desde el comienzo del rapel no se ve, por si acaso) empinada pero firme. Luego hay que destrepar por la nieve y hacer una travesía a mano derecha para llegar a otra roca con varios cordines. Es cosa de detenerse un par de segundos y mirar un poco el entorno para encontrarlos desde lejos. Allí los cordines se notaban bien gastados, por lo que agregamos unos 6 metros de cinta plana. Había dos opciones de descuelgue. Tomamos la de la izquierda (mirando hacia el canalón) y que baja pegado a un esterito. De nuevo rapel a cuerda completa, teniendo cuidado de no botar piedras, sobre todo al iniciar el descuelgue, puesto que no es inmediato, debiéndose caminar un poco. Además, en las condiciones que nos tocaron, no hay que hacer el rapel derecho por el estero, puesto que forma un gran hoyo en el nevero y se pierde bajo éste. Mientras se va descendiendo se torna evidente que hay que bajar a la izquierda de dicho hoyo.

Último rapel. A la derecha de Seba se aprecia el pequeño estero y al fondo, el portezuelo

Nos juntamos en el nevero, guardamos definitivamente la cuerda y lo destrepamos hasta un acarreo que traverseamos un poco para conectar con la canaleta. Hacia arriba se podía apreciar el portezuelo. Comenzamos a bajar por nieve sopa, aunque en ciertos tramos se tornaba dura por lo que tampoco había que confiarse de ir taconeando. En un momento de angostamiento del canalón, Seba resbala y rápidamente toma velocidad, sin poder autodetenerse con el piolet, perdiendo el control de la caída. Fue bien de película la escena. Se deslizaba botando piedras, con el piolet al arnés y tratando de usar sus manos para aferrarse a los resaltes del borde del canalón. Luego de varios intentos logró sostenerse, tras, fácilmente, bajar unos 40 metros. Para nuestra suerte, no le pasó nada.

Luego de este percance, seguimos descendiendo sin parar hasta el final del canalón, donde llegamos cerca de las 9 pm. Nos sacamos los crampones y antes que el cansancio se tomara nuestros cuerpos, empezamos a bajar el acarreo para llegar a las 10 pm al campamento, donde nuevamente nos dimos el abrazo cumbrero. Estábamos tremendamente contentos. También cansados. Pusimos nuestras colchonetas fuera de la carpa, comimos una crema de choclo, conversamos unos minutos y desde ahí no recuerdo nada hasta la mañana siguiente. Ni recordamos el año nuevo, pero fue una manera hermosa de terminar el anterior.

El miércoles fue día de descanso, pasando la moledura física de la jornada anterior. Bajamos con crocs (a pesar de la mirada incrédula de algún caminante) al campamento porteadores a reportarnos a nuestras familias, amigos y club, y actualizar el reporte meteorológico. Dado que el jueves estaría más o menos, aunque en condiciones tolerables para subir un cerro, confirmamos nuestra decisión previa de ir a la Punta El Olvido, una bella cima con forma de aleta que se erige en el cordón ubicado frente al Castillo, hacia el Noroeste. Regresamos al campamento y seguimos descansando, relajados en el bosque.

Nos despertamos a las 4 am del jueves para salir a las 5 am rumbo a la Punta El Olvido. Fuimos orillando el Estero Parada hasta encontrar donde cruzarlo. Seba saltó por unas piedras y yo preferí meterme al agua. Seguimos caminando hasta internarnos a un valle hacia el norte

Seba, yo a la distancia, y La Punta El Olvido

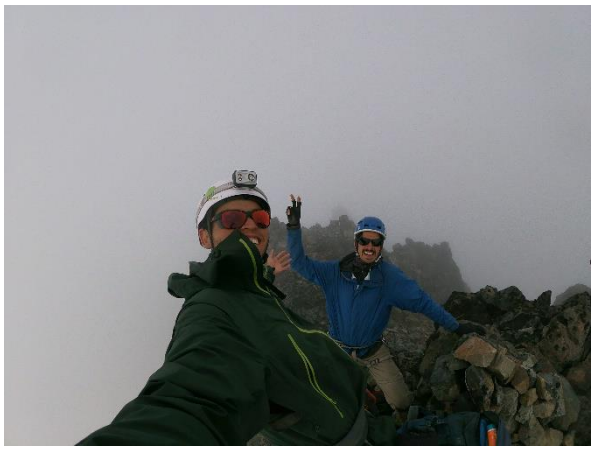
donde hay una bella laguna y subimos en diagonal por acarreo hasta quedar a los pies de las pendientes de nieve que nos llevarían a un amplio portezuelo. Por los neveros también subimos en diagonal primero, y después derecho para arriba por una pendiente sostenida de unos 45°, hasta casi el final, donde hicimos una pequeña travesía, la pendiente disminuyó y llegamos a la roca.

Nos sacamos los crampones y empezamos a trepar por un terreno de grandes bloques que resultaba muy entretenido. Hicimos un pequeño traverse a la izquierda para ingresar a una pequeña canaleta de nieve. Se supone que arriba habría un resalte de unos 50° con cornisas incluidas, pero para nuestra sorpresa las cornisas, al menos en esa sección, no estaban y la pendiente resultó menor. En ese punto ya entraban las nubes que impedían tener una vista del paisaje, pero podíamos ver la ruta claramente.

En los tramos rocosos finales

Solamente había que continuar por el filo rocoso sin mayores dificultades hasta un trepe final para llegar a la cumbre, coronada por un pequeño monolito y un pequeño cordín rodeándolo, a la que arribamos tras 4 horas.

La verdad es que moría de ganas de ver el entorno, sobre todo el Castillo y las agujas del Sahne Nuss, pero la nubosidad lo impedía y cubría el filo que habíamos subido. En todo caso, la belleza que da un entorno así es bien especial, pues se torna inhóspito, solitario, desconectado de todo aquello que sabíamos que lo rodeaba. Nos quedamos ahí un rato. Por supuesto que la foto cumbrera debía incluir el banderín Ramuch, pero se me había quedado – pensaba – en el campamento.



¡Cumbre!

Empezamos a bajar envueltos suavemente por las nubes. Cuando llegamos a la zona rocosa de pronto aparecimos bajo su manto y la vista se tornó preciosa. Algunas se formaban y otras desaparecían, produciendo intrincadas formas al entrar en contacto con las montañas circundantes. Llegamos al portezuelo y bajamos la ladera hacia la bonita laguna grande que hay contenida en una hoya. Como era temprano estuvimos harto rato ahí. En un momento, buscando algo en los bolsillos de mi chaqueta, tanteo algo de tela. Resultó ser, nada más y nada menos que el banderín.

Destrepando hacia el pequeño canalón

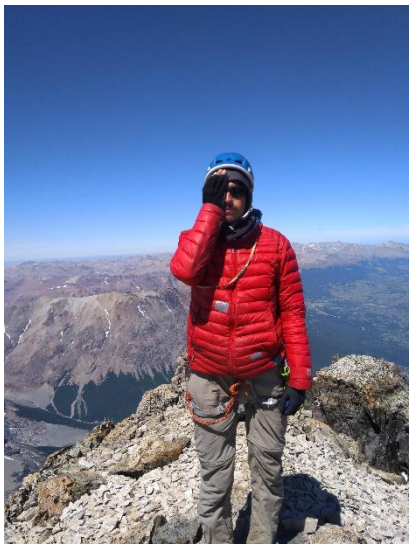
Seguimos bajando y esta vez cruzamos el estero por las piedras más aguas arriba que en la mañana hasta empalmar con el sendero que va hacia la Laguna Duff. Desde allí prontamente llegamos al campamento.

El resto de la tarde lo dedicamos a seguir descansando, relajarnos y comer las pocas provisiones que nos quedaban. ¡Qué buena que estaban las galletas con manjar!

El día siguiente bajamos a las 9 am a la Villa, profundamente contentos y hasta con nostalgia de dejar ese lugar al que ya nos habíamos habituado. Debo confesar que marchar por el camino vehicular hacia el pueblo se torna bastante tedioso. Hacia el suroeste se podían apreciar las nubes cargadas de agua. A poco de llegar, se larga un aguacero de aquellos, con

viento incluido. Entramos empapados a “La Querencia” (coman ahí, es muy rico), donde almorzamos y retiramos las cosas que la Sra. Jessica gentilmente nos guardó por todo este tiempo. A las 4 pasó el bus y nos fuimos a Cochrane para seguir con las aventuras.

Por último, para terminar este relato, y no siendo indiferentes al estallido y posterior movimiento social, hicimos una pequeña pero simbólica intervención debido a las violaciones a los derechos humanos ocurridos en nuestro país, particularmente por las numerosas y sin precedentes mutilaciones oculares que cientos de personas sufrieron.



Y por cierto ¡Libre acceso y protección a las montañas!

Integrantes de la expedición:

Martina Monckeberg

Felipe Ortega

Sebastián Mejías

Alonso Fernández

Ariel Alvéstegui

Gastón Fuentes

Relato: Gastón Fuentes

Fotos: Sebastián Mejías – Martina Monckeberg - Gastón Fuentes